

XVI

El padre y el hijo.

Cuando Felipe volvió al lado de su hermana, la halló muy agitada é inquieta.

— Amigo, le dijo, durante tu ausencia he estado pensando en todo lo que me ha sucedido de algún tiempo acá; y he visto que es un abismo en que va á perderse lo poco que me queda de razón. Vamos, ¿has visto al doctor Luis?

— Llego ahora mismo de su casa, Andrea.

— Ese hombre ha fulminado contra mí una acusación terrible; ¿era justa?

— No se había equivocado, hermana mía.

Andrea se puso pálida y un ataque de nervios crispó sus dedos tan blancos y afilados.

— ¡El nombre, exclamó, el nombre del infame que me ha perdido!

— Hermana mía, debes ignorarlo eternamente.

— ¡Oh! Felipe, tú no me dices la verdad; tú no hablas según tu propia conciencia... Es preciso que yo sepa ese nombre, para que, á pesar de mi debilidad y de no tener más armas que la oración, pueda con mis oraciones armar toda la cólera de Dios contra el criminal... ¡Su nombre, Felipe!

— Hermana mía, no hablemos más de eso.

Andrea le cogió la mano y le miró cara á cara.

— ¡Oh! le dijo, ¿es eso lo que tú me respondes, tú que ciñes espada?

Felipe palideció al ver aquel movimiento de rabia, pero reprimiendo al punto su propio furor, dijo:

— Andrea, no puedo decirte lo que yo mismo no sé. El destino, que nos abruma, me impone el secreto; y este secreto, que se comprometería con un escándalo comprometiéndose al mismo tiempo el honor de nuestra familia, es impenetrable para todos, porque así lo ha querido un favor de Dios.

— ¡Excepto para un hombre, Felipe... para un hombre que se ríe de nosotros, para un hombre que nos desafía!... ¡Oh, Dios mío! para un hombre que quizás se está riendo infernalmente de nosotros desde su tenebroso retiro.

Felipe apretó los puños, miró al cielo y no respondió una palabra.

— ¡Ese hombre, exclamó Andrea cada vez más colérica é indignada, quizás me es conocido!... En fin, Felipe, permíteme que te lo represente: ya te he indicado su extraña influencia sobre mí, y aun creía haberte enviado á él....

— Ese hombre está inocente, y tengo la prueba de ello... Así no trates de averiguar más, Andrea....

— Felipe, remontemos juntos á mayor altura, si quieres... Subamos hasta los primeros rangos de los hombres poderosos de este reino... lleguemos hasta el rey!

Felipe estrechó en sus brazos á aquella pobre criatura sublime en su ignorancia é indignación, diciéndole:

— No te atormentes, todos los que ahora nombras despierta, los has nombrado estando dormida; y á los mismos á quienes acusas con la ferocidad de tu virtud,

los has justificado cuando veías, por decirlo así, cometerse el crimen.

— ¿Luego he nombrado el culpable? dijo Andrea echando fuego por los ojos.

— No, respondió Felipe, no. No me preguntes más; imítame y sométete al destino, porque la desgracia es irreparable, y para ti se aumenta aun con la impunidad del crimen. Pero espera, espera... Dios está sobre todas las cosas, y reserva á los infelices oprimidos una triste alegría, que se llama la venganza.

— ¡La venganza!... exclamó Andrea espantada del tono terrible con que Felipe pronunció esta palabra.

— Entretanto tranquilízate y descansa, hermana mía, de todos los pesares y vergüenza que mi loca curiosidad te ha causado. ¡Si yo hubiese sabido!... ¡Oh! si yo hubiese sabido!...

Y se tapó la cara con las manos atrozmente desesperado. Luego, levantándose de súbito:

— ¿Y de qué me tengo que quejar? dijo sonriendo. Mi hermana está pura y me ama; jamás ha faltado á mi confianza y amistad. Mi hermana es joven y bondadosa como yo, viviremos juntos, y juntos llegaremos á la vejez... Los dos juntos seremos más fuertes que el mundo entero!.....

Á medida que el joven hablaba de consuelo, se iba oscureciendo el semblante de Andrea, inclinaba al suelo una frente cada vez más pálida, y tomaba la actitud y la mirada fija de la melancólica desesperación que Felipe acababa de sacudir tan animosamente.

— Nunca hablas más que de nosotros dos, dijo fijando sus ojos azules y penetrantes en la fisonomía impresionable de su hermano.

— ¿De quién más quieres que hable, Andrea? replicó el joven sintiendo aquella mirada.

— Pero... tenemos un padre... ¿cómo tratará á su hija?

— Ya te he dicho ayer, respondió Felipe con frialdad, que olvidases todas las pesadumbres y temores, que disipases, como el viento disipa un vapor matinal, todo recuerdo y cariño que no recayese sobre mí... En efecto, mi querida Andrea, nadie te ama en este mundo sino yo, así como á mí nadie me ama sino tú. Pobres huérfanos abandonados, ¿por qué hemos de sufrir ningún yugo de gratitud ni de parentesco? ¿Hemos recibido los beneficios, hemos conocido la protección de un padre?... ¡Oh! añadió con amarga sonrisa, tú conoces á fondo mi pensamiento y el estado de mi corazón... Si debiésemos amar al hombre de quien hablas, te diría: ¡Ámale! Pero cuando callo, Andrea, abstente de eso.

— Entonces, hermano mio... es preciso que yo crea....

— Hermana mía, en los grandes infortunios, el hombre oye involuntariamente resonar estas palabras poco comprendidas en su infancia: « ¡Teme! á Dios!... » ¡Oh! sí, Dios se ha presentado á nuestra memoria de un modo bien cruel: respeta á tu padre... ¡Oh, hermana mía, la mayor prueba de respeto que puedes dar al tuyo, es el borrarlo de tu memoria!

— ¡Conque es verdad! murmuró Andrea con aire sombrío volviendo á caer en su sillón.

— Amiga mía, no perdamos el tiempo en palabras inútiles; reúne todas tus cosas, pues el doctor Luis va á ver á la señora Delfina y á participarle tu marcha. Las razones que para ello alegrará ya las sabes... que es necesario mudes de aires, porque estás muy mala. Prepárate pues, y dispón lo necesario para la marcha.

Andrea se levantó.

— ¿Empaquete los muebles? dijo.

— ¡Oh! no, no; la ropa blanca, los trajes y las joyas.

Andrea obedeció.

Lo primero que arregló fueron los cofres de los armarios, los trajes que estaban en el guardarropa donde se escondió Gilberto, y en seguida cogió unos cofrecitos para guardarlos en el baúl principal.

— ¿Qué es eso? dijo Felipe.

— El cofrecito que contiene el aderezo que S. M. me regaló cuando fui presentada en Triánón.

Felipe se puso pálido al ver la riqueza del regalo.

— Con estas joyas, dijo Andrea, viviremos honradamente en cualquier parte; pues he oído decir que sólo las perlas valen cien mil libras.

Felipe cerró el cofrecito.

— Efectivamente, son muy preciosas, dijo.

Y volviendo á tomar el cofrecito de manos de Andra, añadió:

— Hermana, aun debe haber otras joyas.

— ¡Oh! querido amigo, no merecen compararse con éstas; sin embargo, con ellas se adornaba nuestra buena mamá hace quince años... El reloj, los brazaletes y los pendientes estaban guarnecidos de brillantes, y también tenemos el retrato. Papá quería venderlo todo, porque decía que ninguna de esas joyas era de moda.

— Sin embargo, á esto se reduce todo lo que nos queda, dijo Felipe, y es el único recurso con que podemos contar. Mira, hermana, mandaremos fundir los objetos de oro y venderemos las piedras preciosas del retrato, con lo cual reuniremos veinte mil libras, cantidad suficiente para unos desgraciados como nosotros.

— ¡Pero si estas perlas son también mías! dijo Andrea.

— Nunca las toques, Andrea, porque te quemarían.

Esas perlas son de una naturaleza extraña, hermana, y manchan la frente que tocan...

Andrea se estremeció.

— Me guardo este cofrecito, hermana, para devolverlo á quien pertenece de derecho. Ya te he dicho que esto no es nuestro, no; y no deseamos poseerlo, ¿es verdad?

— Como gustes, hermano, contestó Andrea sumamente abochornada.

— Querida hermana, vístete por última vez para ir á visitar á la señora Delfina; tranquilízate y muéstrate muy respetuosa, manifestando sentimiento por tener que alejarte de tan noble protectora.

— ¡Oh! sí, murmuró Andrea conmovida; lo siento mucho en medio de mi desgracia.

— En cuanto á mí, voy á París, hermana, y volveré esta tarde; así que llegue te llevaré conmigo. Paga, pues, todo lo que debas.

— Nada debo, nada, pues tenía á mi servicio á Nicole, y ya sabes que ha huido... ¡Ah! se me olvidaba ese chico de Gilberto.

Felipe se estremeció, y sus ojos se encendieron de rabia.

— ¿Debes algo á Gilberto? exclamó.

— Sí, dijo Andrea con naturalidad, pues me ha estado surtiendo de flores desde que empezó la primavera. Además, tenías razón cuando me dijiste que á veces he tratado con injusticia y dureza á ese muchacho que, al cabo, era atento conmigo... Lo recompensaré de otro modo.

— No busques á Gilberto, murmuró Felipe.

— ¿Por qué? debe estar en los jardines; y sino le mandaré llamar.

— ¡No, no! pues sería perder un tiempo precioso...

Cuando yo atravesase las calles de árboles me lo encontraré, le hablaré y... le pagaré.

— Siendo así, corriente.

— Sí, adiós, hasta la tarde.

Felipe besó la mano á la joven, que se arrojó en sus brazos; comprimió hasta los latidos de su corazón en aquel tierno abrazo, y sin tardanza salió para París, apeándose de la carroza á la puerta de la casa de la calle Coq-Herón.

Felipe sabía perfectamente que allí encontraría á su padre, pues desde que éste había roto de un modo tan extraño con Richelieu, no pudo soportar la vida de Versalles, y trataba, como todos los hombres dotados de una actividad superabundante, de engañar el entorpecimiento de la parte moral con la agitación que causa el mudar de sitio.

El barón, cuando Felipe llamó al postigo de la puerta cochera, se paseaba jurando como un renegado por el jardinillo del palacio y el patio contiguo á dicho jardín.

Estremeciéndose al oír la campanilla y él mismo salió á abrir.

Como no esperaba á nadie, aquella visita imprevista era para él una esperanza, pues el desventurado, desde su caída, se agarraba á cualquier cosa por no caer del todo.

Recibió, pues, á Felipe con despecho y una curiosidad impenetrable.

Pero apenas miró el rostro de su interlocutor, aquella palidez sombría, aquella contracción de líneas y la crispadura de la boca, helaron el raudal de preguntas que se disponía á abrir.

— ¡Tú aquí! fué lo único que dijo; ¿á qué casualidad se debe tu venida?

— Ya tendré la honra de explicárosla, dijo Felipe.

— ¡ Bueno ! ¿ es asunto grave ?

— Bastante grave, sí, señor.

— Este muchacho tiene unos modales tan ceremoniosos que alarman... Vamos, ¿ es una desgracia ó una fortuna de lo que tienes que hablarme ?

— Una desgracia, dijo Felipe con gravedad.

El barón titubeó.

— ¿ Estamos solos ? preguntó Felipe.

— Sí.

— ¿ Queréis que entremos en casa, señor ?

— ¿ Y por qué no hemos de hablar al aire libre, bajo estos árboles ?

— Porque hay cosas que no se dicen ni á la luz de los cielos.

El barón miró á su hijo, obedeció á su gesto mudo, y aunque afectando impasibilidad y hasta sonrisa, le siguió á la sala baja cuya puerta había abierto ya Felipe.

Cuando las puertas estuvieron cuidadosamente cerradas, Felipe aguardó un gesto de su padre para dar principio á la conversación, y viendo al barón sentado ya cómodamente en el mejor sillón de la sala :

— Señor, dijo Felipe, vengo por mí y en nombre de mi hermana á despedirme de vos.

— ¿ Cómo es eso ? dijo el barón muy sorprendido. ¡ Tú te ausentas ! ¿ y el servicio ?

— Para mí ya no hay servicio ; ya sabéis que las promesas hechas por el rey... no se han realizado... afortunadamente.

— He ahí un afortunadamente que yo no comprendo.

— Señor.....

— Explicámelo. ¿ Cómo puedes tener por una fortuna el no ser coronel de un brillante regimiento ? Eso sería llevar muy lejos tu filosofía.

— La llevo bastante lejos para preferir el honor á la

fortuna, y nada más. Pero no entremos, si gustáis, en consideraciones de esta clase.....

— Yo digo que entremos, ¡ vive Dios !

— Os lo suplico... replicó Felipe con una firmeza que quería decir : ¡ yo no quiero !

El barón arrugó el entrecejo.

— ¿ Y tu hermana ?... ¿ olvida también sus deberes ? su servicio al lado de la señora Delfina.

— Esos son unos deberes que debe subordinar á otros, señor.

— ¿ Y de qué naturaleza son esos otros ? si queréis decírmelo.

— Son de la más imperiosa necesidad.

El barón se levantó.

— ¿ Qué especie de gente tan tonta la que se entretiene en forjar enigmas ! dijo entre dientes.

— ¿ Tan grande enigma es para vos lo que estoy diciendo ?

— Indescifrable, respondió el barón con un aplomo que dejó asombrado á Felipe.

— Entonces me explicaré : mi hermana se va, porque se ve obligada á huir á fin de evitar una deshonra.

El barón soltó una carcajada.

— ¡ Por Dios Santo que tengo modelos de hijos ! exclamó. El hijo abandona la esperanza del mando de un regimiento, porque teme el deshonor ; y la hija abandona la plaza de dama de honor, porque tiene miedo á la deshonra. En verdad que hemos vuelto al tiempo de Bruto y de Lucrecia. Allá en mi tiempo, que sin duda no era bueno y no puede compararse con los hermosos días de la filosofía, cuando un hombre columbraba á lo lejos un motivo de deshonra, y ceñía espada, como tú, y cuando, como tú, había recibido lecciones de dos maestros y tres ayudantes de esgrima, ensartaba la deshonra en la punta de la espada.

Felipe se encogió de hombros.

— Sí, conozco que lo que estoy diciendo es bastante pobre para un filántropo que no quiere ver correr la sangre. Pero en fin, los oficiales no han nacido precisamente para ser filántropos.

— Señor, conozco lo mismo que vos las necesidades que impone el honor ; pero con verter sangre no se repara.....

— ¡ Frases ! frases de... filósofo ! exclamó el anciano enfadado hasta tal punto que estaba majestuoso. ¡ Estaba para decir también de cobarde !

— Habéis hecho bien en no decirlo, repuso Felipe pálido y estremeciéndose.

El barón sostuvo con altanería la mirada implacable y amenazadora de su hijo.

— Decía, replicó, y mi lógica no es tan mala como querrián hacerme creer, que toda deshonra en este mundo nace no de una acción sino de un dicho. ¡ Ah ! eso es lo que sucede... Cometa uno un crimen delante de sordos y ciegos ó mudos, ¿ quedará deshonrado ?... Me contestaréis con este verso estúpido :

No deshonra el cadalso, sino el crimen.

Esto es bueno para decirlo á chiquillos ó mujeres, pero á un hombre ¡ vive Dios ! que se habla otro lenguaje... Y yo me figuraba que había formado un hombre. Ahora bien, si el ciego ve, si el sordo oye, si el mudo habla, se empuña la espada y se sacan los ojos al ciego, se rompe el tímpano del oído al sordo y se corta la lengua al mudo. ¡ He ahí cómo contesta al ataque del deshonor un caballero que lleva el nombre de Taverney Casa-Roja !.....

— Un caballero de ese nombre, señor, sabe siempre que de las cosas que debe hacer, es la primera no

cometer una acción deshonrosa, y por eso mismo no responderé á vuestros argumentos. Sólo que sucede á veces que el oprobio nace de una desgracia inevitable, y ese es el caso en que nos hallamos.

— Paso ahora á tu hermana. Si, según mi sistema, jamás debe el hombre huir de una cosa que él puede combatir y vencer, la mujer debe también aguardar á pie firme. ¿ Para qué sirve la virtud, señor filósofo, sino para rechazar los ataques del vicio ?

Y Taverner volvió á soltar la carcajada.

— La señorita de Taverner ha tenido mucho miedo, ¿ no es verdad ?... ¿ Conque se siente débil ?... Entonces.....

Acercándose Felipe con viveza :

— Señor, dijo, ¿ la señorita de Taverner no ha sido débil, ha sido vencida ! ; Ha sucumbido, porque ha caído en un lazo !.....

— ¿ En un lazo ?

— Sí. Así, os suplico guardéis un poco de ese calor de que estabais animado en este momento para denigrar la conducta de los miserables que han tramado cobardemente la ruina de su honor sin mancha.

— No te entiendo.....

— Yo me entenderéis... Os digo que un menguado ha introducido á otro en el cuarto de la señorita de Taverner.

El barón se puso pálido.

— Un infame, prosiguió Felipe, ha querido que el apellido de Taverner... el mío, el vuestro, señor, recibiese una mancha indeleble... Vamos, ¿ dónde está la espada que ceñáis siendo joven para derramar un poco de sangre ? ; Me parece que la cosa vale la pena !.....

— ¿ Felipe !.....

— ¡ Ah ! nada temáis, pues ni acuso á nadie ni á nadie conozco... El delito se ha tramado en la oscu-

ridad, en la oscuridad se ha ejecutado... y quiero que también permanezcan ocultos los resultados, porque yo entiendo á mi modo la gloria de mi raza.

— ¿ Pero cómo sabes ? exclamó el barón, á quien sacó de su asombro el cebo de una ambición infame, de una esperanza ignoble ; ¿ en qué lo conoces ?

— Señor barón, no preguntará eso ninguno de los que puedan ver á mi hermana, á vuestra hija, dentro de unos meses.

— ¿ Pero entonces, Felipe, exclamó el anciano con ojos alegres, no se ha perdido la fortuna ni la gloria de la familia ! ; ese es un triunfo para nosotros !

— Ahora... veo que efectivamente sois el hombre que me había figurado, dijo Felipe con suprema repugnancia ; vos mismo os habéis vendido, y acabáis de manifestar falta de talento ante un juez, después de haber demostrado delante de vuestro hijo que no tenéis corazón.

— ¡ Insolente !

— ¡ Basta ! replicó Felipe, temed no se despierte, si habláis tan alto, la sombra demasiado insensible ; ay de mí ! de mi madre, que, si viviese, hubiera mirado por su hija.

El barón bajó los ojos, no pudiendo resistir la brillante claridad que despedían los de su hijo.

— Mi hija, dijo al cabo de un instante, no me dejará sin consentimiento mío.

— Mi hermana, replicó Felipe, jamás volverá á veros, padre.

— ¿ Ha dicho ella eso ?

— No sólo lo ha dicho, sino que me envía para que así os lo manifieste.

El barón se enjugó con una mano trémula sus labios blancos y húmedos.

— ¡ Corriente ! dijo.

Luego encogiéndose de hombros :

— He tenido desgracia con estos hijos, exclamó; el uno es un tonto y la otra una bruta.

Felipe no contestó.

— Bueno, bueno, prosiguió Taverney, para nada te necesito ya. Vete, si es que has acabado de... recitar la tesis.

— Aun tengo que deciros dos cosas, señor.

— Dílas pues.

— La primera es esta : el rey os ha dado un aderezo de perlas.....

— A mí no, que ha sido á tu hermana.

— Á vos, señor... Por otra parte, esto importa poco .. Mi hermana no se pone joyas que provengan de semejante origen, porque la señorita de Taverney no es una prostituta. Os ruega, pues, que entreguéis este cofrecito á quien lo ha dado, ó que, si teméis disgustar á S. M. que tanto ha hecho por nuestra familia, lo guardéis en vuestra casa.

Felipe alargó el cofre á su padre, y éste lo tomó, lo abrió, miró las perlas, y lo puso sobre un ropero.

— ¡ Y qué más ? dijo.

— En seguida, como no somos ricos, porque habéis empeñado ó gastado hasta el caudal de nuestra madre, por lo cual nunca os reconvendré, ni lo permita Dios.....

— ¡ Mejor sería ! dijo el barón rechinando los dientes.

— Pero en fin, como sólo nos queda de esa módica herencia Taverney, os suplicamos que escojáis, ó esa posesión ó la casa en que estamos. Vivid en una de estas dos casas, y nosotros nos retiraremos á la otra.

El barón arrugó la pechera de encaje con una furia que sólo se reveló por medio de la agitación de sus dedos, el sudor de la frente y el temblor de los labios;

pero ni siquiera lo notó Felipe, porque había apartado la vista.

— Prefiero Taverney, dijo el barón.

— Entonces, nosotros nos quedaremos con esta casa.

— Como gustéis.

— ¡ Y cuándo os vais ?

— Esta misma tarde... No, en seguida.

Felipe se inclinó.

— En Taverney, prosiguió el barón, parece uno rey con tres mil libras de renta; y yo seré dos veces rey.

Y alargó la mano al ropero para coger el cofrecito que se guardó en el bolsillo.

En seguida se dirigió hacia la puerta.

De súbito retrocedió y con una sonrisa atroz, dijo :

— Felipe, te permito que firmes con nuestro apellido el primer tratado de filosofía que publiques. En cuanto á Andrea... respecto de su primera obra... aconséjale que la bautice con el nombre de Luis ó Luisa, porque es nombre de buen agüero.....

Y salió riéndose con socarronería.

Felipe, con ojos sanguinolentos y la frente ardiendo, apretó el puño de la espada murmurando :

— ¡ Dios mío, dadme paciencia ! ¡ Concededme el que pueda olvidar !